

edad, en el veintiuno, y antes de que se hubiera dado cuenta de nada, se oyó un grito de asombro: había ganado sin saberlo.

—Retire usted el dinero—le dijo el anciano,—porque con ese sistema no es posible ganar dos veces.

Eugenio tomó un rastrillo que le entregó aquel señor, recogió los tres mil quinientos francos y, sin saber lo que hacía, los colocó en el color rojo. Los mirones le contemplaron con envidia al ver que continuaba jugando, la rueda dió vueltas, Eugenio ganó otra vez y el banquero le entregó tres mil seiscientos francos más.

—Ha ganado usted siete mil quinientos francos—le dijo al oído el anciano.—Si quiere usted creermé, no juegue más, porque el rojo se ha dado ya ocho veces. Si es usted caritativo, espero que pagará este consejo aliviando la miseria de un antiguo prefecto de Napoleón que se encuentra en la mayor necesidad.

Rastignac, aturdido, dió diez luises al hombre de los cabellos blancos y bajó con los siete mil francos sin comprender aún el juego, pero asombrado de su suerte.

—¡Ah! ¿adónde me llevará usted ahora?—le dijo enseñándole los siete mil francos á la señora de Nucingen una vez que la portezuela estuvo cerrada.

Delfina le estrechó contra su corazón y le besó vivamente, pero sin pasión.

—Me ha salvado usted—le dijo derramando abundantes lágrimas.—Voy á decirselo todo, señor mío, porque será usted mi amigo ¿verdad? Usted me ve rica, opulenta, y que nada me falta en apariencia. Pues bien, sepa que el señor de Nucingen no me deja disponer de un céntimo. Él lo paga todo, la casa, los coches, los abo-

nos, me entrega para mis gastos una suma insuficiente y me reduce por cálculo á una miseria secreta. Yo soy demasiado orgullosa para implorarle. Además ¿no sería la más baja de las criaturas si comprase su dinero al precio que quiere vendérmelo? ¿Que cómo me he dejado despojar yo, que poseía setecientos mil francos? Por orgullo, por indignación. ¡Somos tan jóvenes, y tan sencillas cuando comenzamos la vida conyugal! Las palabras con que tenía que pedir dinero á mi marido me quemaban la boca; no me atreví nunca, gasté el dinero de mis economías y el que me daba mi pobre padre, y después me empeñé. El matrimonio es para mí la más horrible de las decepciones y no puedo hablarle de él. Bástele saber que me tiraría por la ventana si fuese necesario antes de vivir con Nucingen de un modo distinto del que vivimos, es decir, cada uno en su habitación. Cuando fué preciso confesarle mis deudas de joven, adquiridas para comprar alhajas y satisfacer mil caprichos (mi pobre padre nos había acostumbrado á no negarnos nada), sufrí lo indecible, pero, por fin, tuve valor para decirselo. ¿No tenía yo una fortuna mía? Nucingen se encolerizó, y me dijo que le arruinaría; en fin, horrores. Hubiera querido que me tragara la tierra. Como se había hecho cargo de mi dote, pagó, no sin estipular para lo sucesivo una pensión con la que yo me conformé á fin de tener paz. Después quise halagar el amor propio de alguien que usted conoce. Si he sido engañada por él, he de hacer, en cambio, justicia á la nobleza de su carácter. Pero, en fin, me abandonó indignamente. Nunca se debería abandonar á una mujer á la cual han arrojado un montón de oro en un día de angustia. Siempre de-

bía de ser amada. Usted, hermosa alma de veintiún años, usted, joven y puro, tal vez me pregunte cómo puede una mujer aceptar oro de un hombre. ¡Dios mío! ¿No es natural que se reparta todo con el ser á quien debemos nuestra dicha? Cuando se ha dado todo ¿quién puede preocuparse por una partícula de ese todo? El dinero sólo se convierte en algo en el momento en que el sentimiento desaparece. ¿No se está unido por la vida? ¿Quién de nosotras prevé una separación creyéndose amada? Si ustedes nos juran un amor eterno, ¿cómo tener distintos intereses? Usted no puede imaginarse lo que he sufrido hoy cuando Nucingen se negó terminantemente á darme tres mil francos, él que se los da todos los meses á su querida, á una corista de la Ópera. Yo quería matarme y las ideas más locas acudían á mi mente, llegando á haber momentos en que envidiaba la suerte de una criada, de mi camarera. Pensar en recurrir á mi padre era una locura. Anastasia y yo le hemos arruinado: mi pobre padre se habría vendido si pudiese valer seis mil francos, y hubiera sido desesperarle en vano. Usted me ha salvado de la vergüenza y de la muerte: estaba ebria de dolor. ¡Ah! amigo mío, le debía una explicación. He sido sumamente loca con usted. Cuando me dejó y le perdí de vista, quería huir á pic; ¿adónde? no lo sé. He aquí la vida de la mitad de las mujeres de París: un lujo exterior y terribles preocupaciones en el alma. Yo conozco pobres criaturas que son aun más desgraciadas que yo, pues hay mujeres que se ven obligadas á robar á sus maridos y que hacen ayunar á sus hijos ahorrando para tener un traje. Yo al menos estoy pura de estos odiosos engaños. Si

algunas mujeres se venden á sus maridos para gobernarles, yo al menos soy libre. Podría hacer que Nucingen me cubriera de oro, y, sin embargo, prefiero llorar con la cabeza apoyada en el hombro del hombre á quien ame. ¡Ah! esta noche el señor de Marsay no tendrá derecho á mirarme como una mujer á quien ha pagado—añadió Delfina tapándose el rostro con las manos para no enseñar sus lágrimas á Eugenio, el cual le obligó á destaparse la cara para contemplarla, pues estaba sublime de aquel modo.—¡Mezclar el dinero con los sentimientos! ¿No es esto horrible? ¡Ah! usted no podrá amar nunca.

Esta mezcla de buenos sentimientos que hacen á las mujeres tan grandes, y las faltas que la constitución actual de la sociedad les obliga á cometer, trastornaba á Eugenio, el cual pronunciaba palabras cariñosas y consoladoras, admirando á aquella joven mujer tan imprudente en medio de su dolor.

—Prométame que no se servirá usted de lo que le digo como un arma contra mí.

—¡Ah! señora, ¡soy incapaz de hacerlo!

Entonces Delfina le tomó la mano y la puso sobre su corazón mediante un movimiento lleno de gracia y de agradecimiento.

—Gracias á usted heme ya libre y alegre. Vivía oprimida por una mano de hierro. Ahora quiero vivir sencillamente y no gastar nada. Usted me encontrará bien de cualquier modo ¿verdad, amigo mío? Guarde usted ésto—le dijo entregándole seis billetes de banco;—y, en conciencia, le debo mil escudos, porque yo he considerado que jugábamos á medias.

Eugenio se defendió como una virgen, pero tomó el dinero al ver que la baronesa le decía:

—Si no es usted mi cómplice, le consideraré como enemigo mío.

—Bueno, será un depósito hecho para el caso de desgracia.

—He ahí la palabra que yo temía—exclamó Delfina palideciendo.—Si quiere usted ser algo para mí, júreme no volver nunca más al juego. ¡Oh! ¡Dios mío! ¿yo corromperle? Me moriría de dolor si tal sucediera.

Habían llegado ya. El contraste de aquella miseria y de aquella opulencia aturdirían al estudiante, en cuyos oídos resonaban aún las siniestras palabras de Vautrin.

—Siéntese usted ahí—dijo la baronesa entrando en su cuarto y señalándole un sofá al lado del fuego.—Voy á escribir una carta muy difícil: aconsejeme.

—No escriba usted—dijo Eugenio.—Meta los billetes en un sobre, ponga la dirección y envíelos por su camarera.

—¡Ah! es usted un gran hombre. He aquí lo que es la cuna. Ese rasgo es de Beauseant puro—dijo Delfina sonriendo.

—Es encantadora—se dijo Eugenio, que se iba enamorando cada vez más y respiraba la voluptuosa elegancia de una rica cortesana.

—¿Le gusta á usted mi cuarto?—repuso llamando á su camarera.—Teresa, lleve usted esto al señor de Marsay y entréguéselo á él en persona. Si no le encuentra, me devolverá la carta.

Teresa no salió sin haber dirigido á Eugenio una maliciosa mirada. La comida estaba servida. Rastignac dió

el brazo á la señora de Nucingen, la cual le llevó á un comedor delicioso, donde el estudiante volvió á ver el lujo de mesa que había admirado en casa de su prima.

—Los días de Italianos vendrá usted á comer conmigo y me acompañará—le dijo la baronesa.

—Me acostumbraría á esta agradable vida si hubiese de durar; pero soy un pobre estudiante que tiene que hacer fortuna.

—Ya la hará—repuso la joven riéndose.—Mire, todo se arregla: no esperaba yo ser hoy tan feliz.

Es muy propio de la naturaleza femenina el querer probar lo imposible por medio de lo posible y el destruir los hechos con presentimientos. Cuando la señora de Nucingen y Rastignac entraron en su palco de los Bufones, ella demostraba un contento que le hacía parecer tan hermosa, que todo el mundo se permitió esas pequeñas calumnias contra las que las mujeres no tienen defensa y que hacen creer á veces en desórdenes é inmoralidades inventadas á placer. Cuando se conoce París, no se cree nada de lo que se dice ni se dice nada de lo que se hace. Eugenio tomó la mano de la baronesa y ambos hablaron con presiones más ó menos vivas, comunicándose las sensaciones que les causaba la música. Para ellos aquella noche fué deliciosa; salieron juntos, y la señora de Nucingen quiso acompañar á Eugenio hasta el Puente Nuevo negándole, mientras duró el camino, uno de aquellos besos que tan calurosamente le había prodigado ella en el Palacio Real. Al reprocharle Eugenio su inconsecuencia, ella le respondió:

—Hace un momento era agradecimiento por un favor inesperado, mientras que ahora sería una promesa.

—¿Y usted no quiere hacerme ninguna, ingrata?

Y se enfadó. Haciendo uno de esos gestos de impaciencia que encantan á un amante, ella le dió la mano á besar y él la tomó con una indiferencia que hizo mucha gracia á Delfina.

—Hasta el lunes, en el baile—le dijo la baronesa.

Vendo á pie en medio de una hermosa noche de luna, Eugenio fué presa de serias reflexiones. Estaba á la vez contento y descontento: contento por una aventura cuyo desenlace probable le haría dueño de una de las mujeres más bonitas y más elegantes de París, objeto de sus deseos; descontento porque veía derribados sus proyectos de fortuna, siendo entonces cuando vió la realidad de los pensamientos indecisos que le habían ocupado la víspera. El desengaño nos demuestra siempre el poder de nuestras pretensiones. Cuanto más gozaba Eugenio de la vida parisiense, menos se decidía á permanecer obscuro y pobre. Marchaba arrugando los billetes de banco en el bolsillo y haciéndose mil razonamientos graciosos para apropiárselos. Por fin llegó á la calle Nueva de Santa Genoveva, entró en su casa, subió, y cuando estuvo en lo alto de la escalera vió luz en ella. El padre Goriot había dejado la puerta abierta y la luz encendida á fin de que el estudiante no se olvidase de hablarle de su hija. Eugenio no le ocultó nada.

—¿Pero ellas me creen arruinado?—exclamó el padre Goriot en medio de una violenta desesperación de celos. —¡Si aun me quedan mil trescientos francos de rental ¡Dios mío! ¡Pobrecilla! ¿por qué no ha venido aquí? Yo hubiera vendido mis rentas, tomado á préstamo sobre el capital, y con el resto habría tenido lo bastante

para mí. ¿Por qué no corrió á confiarme su apuro, vecino? ¿Cómo ha tenido usted el valor de ir á arriesgar al juego sus cien francos únicos? Esto desgarrá el alma. He aquí lo que son los yernos. ¡Oh! si los tuviera en mis manos les retorcería el cuello. ¡Dios mío! llorar; pero ¿ha llorado?

—Con la cabeza apoyada en mi chaleco—dijo Eugenio.

—¡Oh! démelo usted—dijo el padre Goriot.—¡Cómo! ¿ha habido ahí lágrimas de Delfina, de mi querida Delfina, que no lloraba nunca cuando era pequeña? ¡Oh! yo le compraré á usted otro, no se lo lleve, déjemelo. Según el contrato, ella debé gozar de sus bienes. ¡Ah! mañana mismo me voy á ver al procurador Derville para exigirle que pida cuenta de su fortuna. Soy un perro viejo, conozco las leyes.

—Mire usted, padre; aquí tiene mil francos que ella ha querido darme de sus ganancias. Guárdelos con el chaleco.

Goriot miró á Eugenio, tendió las manos para estrechar una de las del joven sobre la cual dejó caer una lágrima y le dijo:

—Amigo mío, Dios es justo y usted tiene que medrar por fuerza. Yo entiendo en probidad y puedo asegurarle que hay pocos hombres que se le parezcan. ¿También quiere usted ser mi querido hijo? Bien, pues; váyase á dormir, que usted que no es aún padre puede hacerlo. ¡Ah! ¿conque ha llorado, en tanto que yo estaba aquí tranquilamente, comiendo como un imbécil mientras ella sufría? ¿yo, que vendería al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, por evitarles una lágrima á una y á otra?

—Á decir verdad—se dijo Eugenio mientras se acostaba,—creo que seré hombre honrado toda mi vida. Hay no sé qué placer en seguir siempre las inspiraciones de la conciencia.

Los que creen en Dios son tal vez los únicos que hacen el bien en secreto, y Eugenio creía en Dios.

Al día siguiente, á la hora del baile, Rastignac fué á casa de la señora de Beauseant, la cual le llevó á casa de la duquesa de Carigliano para presentarlo, siendo bien acogido por la mariscal, en cuya casa encontró á la señora de Nucingen. Delfina se había adornado con intención de agradar á todos para gustar más á Eugenio, de quien esperaba impacientemente una mirada, creyendo ocultar su impaciencia. Para el que sabe adivinar las emociones de una mujer, este momento está lleno de delicias. ¿Quién no se ha complacido á veces en hacer esperar su opinión, en ocultar coquetamente un placer y en gozar de los temores que se han de disipar con una sonrisa? Durante aquella fiesta, el estudiante midió toda la fuerza de su situación y comprendió que tenía una posición en el mundo, siendo primo de la señora de Beauseant. La conquista de la hermosa baronesa de Nucingen, que le atribufan ya, le ponía tan de relieve, que todos los jóvenes le dirigían miradas de envidia las cuales, sorprendidas por él, le hicieron gustar los primeros placeres de la fatuidad. Pasando de un salón á otro y atravesando los grupos oyó alabar su suerte. Todas las mujeres le predecían que tendría éxito. Delfina, temiendo perderle, le prometió no negarle por la noche el beso que le había negado la antevíspera. En aquel baile, Rastignac recibió varias invitaciones,

fué presentado por su prima á algunas mujeres que se tenían por elegantes y cuyas casas tenían fama de agradables, y se vió lanzado en la más grande y hermosa vida parisiense. Aquel baile tuvo, pues, para él, los encantos de un brillante estreno, y debía acordarse de él toda la vida, como recuerda una joven el primer baile en que obtuvo señalados triunfos.

Al día siguiente, cuando contó su fortuna al padre Goriot delante de los demás huéspedes, Vautrín se puso á reír de una manera diabólica.

—Y ¿cree usted que un joven á la moda puede vivir en la calle Nueva de Santa Genoveva, en la casa Vauquer, posada que es, indudablemente, muy respetable por todos conceptos, pero que no tiene nada de elegante? —exclamó aquel feroz lógico.—Esta casa es abundante y está orgullosa de ser la vivienda momentánea de un Rastignac; pero al fin y al cabo está en la calle Nueva de Santa Genoveva y desconoce el lujo porque es *patriarcalorama*. Amiguito mío—repuso Vautrín con aire burlesco paternal,—si quiere usted figurar en París, necesita tres caballos, un tñlburí por la mañana y un cupé por la noche, total nueve mil francos en vehículos, y sería usted indigno de su destino si no gastase tres mil francos en sastre, seiscientos en perfumista, cien escudos en casa del zapatero y otros cien en sombreros. Respecto á la planchadora ha de costarle lo menos mil francos. Los jóvenes elegantes no pueden dejar de gastar grandes sumas en el artículo de ropa blanca, porque ¿no es esto lo que se examina más frecuentemente en ellos? El amor y la Iglesia quieren hermosos manteles en sus altares. No le hablo á usted de lo que perderá en

el juego, en apuestas y en regalos, y es imposible contar menos de dos mil francos para el bolsillo. Yo he hecho esa vida y conozco lo que cuesta. Añada usted á estas primeras necesidades trescientos lises para comer y mil francos para dormir. Conque, ya lo sabe usted, hijo mío; ó veinticinco mil francos al año ó caemos en el lodo, siendo la burla del prójimo, y nos despojamos de nuestro porvenir, de nuestros éxitos. ¡Ahl me olvidaba del ayuda de cámara y del *groom*, porque ¿va á ser Cristobal el que ha de llevar sus cartitas amorosas? Hacer tal sería suicidarse. Crea usted á un anciano lleno de experiencia. Trasládese usted á una virtuosa buhardilla decidiéndose por el trabajo, ó emprenda usted otra senda.

Y esto diciendo, Vautrín guiñó el ojo señalando á la señorita Taillefer, á fin de recordársela y resumir con su señal los seductores razonamientos que había empleado para corromperle. Pasaron varios días, durante los cuales Rastignac hizo vida de disipación: comía casi todos los días con la señora de Nucingen, á la cual acompañaba á todas partes, se retiraba á las tres ó las cuatro de la mañana, se levantaba á las doce para vestirse, é iba á pasear al Bosque con Delfina cuando hacía buen tiempo, prodigando así las horas sin conocer su valor, y aspirando todas las enseñanzas y todas las seducciones del lujo con el ardor que siente el impaciente cáliz de un datilero hembra por el fecundo polvillo de su himeneo. Jugaba fuerte, perdía ó ganaba mucho, y acabó por acostumbrarse á la exorbitante vida de los jóvenes parisienses. De sus primeras ganancias había enviado mil quinientos francos á su madre y á sus hermanas, acompañando su restitución de bonitos regalos. Aunque ha-

bía anunciado que deseaba abandonar la casa Vauquer, estaba ya en los últimos días del mes de enero y no sabía cómo salir de ella. Los jóvenes están sometidos, casi todos, á una ley inexplicable en apariencia, pero cuya razón proviene de su misma juventud y de la especie de furia con que se aferran al placer. Ricos ó pobres, no tienen nunca dinero para las necesidades de la vida, mientras que lo encuentran siempre para sus caprichos. Pródigos con todo lo que se obtiene á crédito, son avaros con todo lo que se paga al instante, y parecen vengarse de lo que no tienen disipando todo lo que pueden tener. Planteando claramente esta cuestión, diremos que un estudiante cuida más su sombrero que su traje. La importancia del valor de éste constituye al sastre en un ser esencialmente acreedor; mientras que lo módico de la suma que vale un sombrero constituye al sombrerero en uno de los seres más intratables con quienes uno se ve obligado á parlamentar. Si el joven sentado en un palco ofrece á los gemelos de las mujeres bonitas la vista de espléndidos chalecos, es, en cambio, dudoso que lleve calcetines, porque el mercero es también otro de los gorgojos de su bolsillo. Rastignac estaba en esta situación. Tronado siempre para la señora Vauquer, y rico, en cambio, para las exigencias de la vanidad, su bolsillo sufría reveses y éxitos lunáticos que estaban en desacuerdo con los pagos más naturales. Para dejar la hedionda é innoble casa de huéspedes donde se humillaban periódicamente sus pretensiones ¿no era preciso pagar un mes por adelantado y comprar muebles para su habitación de elegante? He aquí una cosa imposible. Si Rastignac sabía procurarse dinero en el juego

para comprar relojes y cadenas de oro pagados con sus ganancias, que iban luego al Monte de Piedad, ese sombrero y discreto amigo de la juventud, en cambio, carecía de ingenio y de audacia cuando se trataba de pagar la posada ó de comprar las cosas indispensables para la explotación de la vida de elegante. Una necesidad vulgar, deudas contraídas por necesidades satisfechas, no le inspiraban cuidado alguno. Como la mayor parte de los que han hecho esta vida azarosa, esperaba el último momento para pagar deudas sagradas, como hacía Mirabeau, que no pagaba el pan á no ser cuando le presentaban la cuenta en forma de una letra de cambio. Por aquella época, Rastignac había perdido su dinero y se había empeñado. El estudiante empezaba á comprender que era imposible continuar aquella vida sin tener recursos fijos; pero, al mismo tiempo que gemía y se lamentaba de su situación precaria, se sentía incapaz de renunciar á los goces de aquella vida, y quería continuarla á toda costa. Los azares con que había contado para hacer fortuna se volvían quiméricos, y los obstáculos reales se agrandaban. Al iniciarse en los secretos domésticos del señor de Nucingen, había visto que para convertir el amor en instrumento de fortuna era preciso pasar toda clase de vergüenzas y renunciar á las nobles ideas que son la absolucíon de las faltas de la juventud. Aquella vida exteriormente espléndida, pero roída por todas las tenias del remordimiento, y cuyos fugitivos placeres eran caramamente expiados mediante persistentes angustias, le agradaba, se engolfaba en ella preparándose, lo mismo que el *Distraído* de La Bruyere, un lecho en el fango del foso; pero, como el *Distraído*,

aun no había hecho otra cosa más que mancharse la ropa.

—¿De modo que hemos matado ya al mandarín?— le dijo un día Bianchón al levantarse de la mesa.

—Todavía no, pero ya está con el estertor—le respondió Eugénio.

El estudiante de medicina tomó esta palabra por una broma, cuando en realidad no lo era. Rastignac, que comía por primera vez en la posada después de mucho tiempo, había estado pensativo durante la comida. En lugar de salir á los postres, permaneció en el comedor sentado al lado de la señorita Taillefer, á la que dirigió de cuando en cuando expresivas miradas. Algunos huéspedes estaban aún sentados á la mesa comiendo nueces, y otros se paseaban continuando discusiones comenzadas. Como casi todas las noches, cada uno obraba á su capricho, según el interés que le inspiraba la conversaci3n, ó según la mayor ó menor pesadez que sentían en el estómago. En invierno era raro que el comedor quedase completamente despejado antes de las ocho, momento en que las cuatro mujeres se quedaban solas y se vengaban del silencio que su sexo les imponía en medio de aquella reuni3n masculina. Sorprendido de la preocupaci3n de que daba muestras Eugenio, Vautrín se quedó en el comedor, á pesar de haber dicho que tenía prisa, y se mantuvo constantemente de modo que no fuese visto por Eugenio, el cual debió creerle ausente. Después, en lugar de acompañar á los huéspedes que se retiraron los últimos, se estacionó tímidamente en el salón: había leído en el alma del estudiante y presentía un síntoma decisivo. En efecto, Rastignac se en-

contraba en la situación perpleja que han debido conocer muchos jóvenes. Amante ó coqueta, la señora de Nucingen había hecho sufrir á Rastignac todas las angustias de una pasión verdadera, desplegando para él los recursos que la diplomacia femenina acostumbra á emplear en París. Después de haberse comprometido á los ojos del público para tener á su lado al primo de la señora de Beauseant, Delfina no se decidía á darle realmente los derechos de que parecía gozar. Hacía un mes que irritaba de tal modo los sentidos de Eugenio, que éste había acabado por enfadarse. Si el estudiante creyó ser el amo durante los primeros momentos de sus relaciones, la señora de Nucingen había logrado reponerse mediante hábiles manejos. ¿Era esto un cálculo de la baronesa? No; las mujeres son siempre sinceras hasta en medio de sus mayores falsedades, pues ceden constantemente á algún sentimiento natural. Tal vez Delfina, después de haber dejado que aquel joven tomase de pronto tanto imperio sobre ella, y después de haberle demostrado demasiado cariño, obedecía á un sentimiento de dignidad que le obligaba á recobrar ó reprimir las concesiones que le había hecho. ¡Es tan natural que una parisiense titubee antes de caer en el momento en que la pasión le arrastra, y ponga á prueba el corazón de aquel á quien va á entregar su porvenir! Los primeros amores de la señora de Nucingen acababan de defraudar sus esperanzas, y su fidelidad por un joven egoísta acababa de ser desconocida. Tenía, pues, derecho á ser desconfiada. Tal vez había visto en los modales de Eugenio, que se había vuelto de pronto fatuo, una especie de volubilidad causada por su extraña situación,

y sin duda deseaba parecer imponente á un hombre de su edad y mostrarse grande ante él, después de haber sido pequeña mucho tiempo con aquel otro que la había abandonado. No quería que Eugenio la creyese una fácil coqueta, y no lo quería precisamente porque sabía que había pertenecido á de Marsay. En fin, después de haber sufrido el degradante placer de un verdadero monstruo, de un joven libertino, sentía tal satisfacción paseándose por las regiones floridas del amor, que sin duda hallaba gran encanto admirando su aspecto, escuchando sus rumores y dejándose acariciar por sus castas brisas. El verdadero amor pagaba por el falso. Desgraciadamente, este contrasentido será frecuente mientras los hombres no sepan las muchas flores que agostan en el alma de una joven los primeros efectos del engaño. Cualquiera que fuesen sus razones, es lo cierto que Delfina se burlaba de Rastignac y se complacía en burlarse de él porque sabía que era amada, y estaba segura de hacer cesar las penas de su amante tan pronto como se le antojase á su regia voluntad de mujer. Por respeto á sí mismo, Eugenio no quería que su primer combate terminase con una derrota, y persistía en su persecución como el cazador que quiere matar á toda costa una perdiz el primer día que sale. Sus ansiedades, su amor propio ofendido y sus desesperaciones falsas ó verdaderas, le unían cada vez más á aquella mujer. Todo París le creía dueño de la señora de Nucingen, cuando en realidad no estaba más avanzado que el primer día que la había visto. Ignorando aun que la coquetería de una mujer ofrece á veces más beneficios que placeres causa su amor, Eugenio se entregaba á accesos de rabia.

Si la estación durante la cual una mujer disputa su amor ofrecía á Rastignac el motivo de sus primores, éstos le resultaban tan costosos como verdes, agrios y deliciosos de saborear. Á veces, al verse sin un céntimo y sin porvenir, pensaba, no obstante la voz de la conciencia, en las probabilidades de fortuna que Vautrín le había hecho ver en su matrimonio con la señorita Taillefer. Se encontraba, pues, en uno de esos momentos en que su miseria hablaba con tanta elocuencia, que cedió casi involuntariamente á los artificios del esfinge cuyas miradas le fascinaban á veces. En el momento en que Poiret y la señorita Michonneau subieron á su habitación, Rastignac, que se creía sólo con la señora Vauquer y la señora Couture, que se hacía unos mitones de lana dormitando al lado de la estufa, miró á la señorita Taillefer de una manera bastante tierna para hacerle bajar los ojos.

—¿Tiene usted penas, señorito Eugenio?—le dijo Victorina después de un momento de silencio.

—¿Qué hombre no las tiene?—respondió Rastignac.—Si nosotros los jóvenes estuviésemos bien seguros de ser amados con una abnegación que nos recompensase de los sacrificios que siempre estamos dispuestos á hacer, tal vez no las tendríamos nunca.

Por toda respuesta, la señorita Taillefer le dirigió una mirada que no dejaba lugar á dudas.

—Señorita, usted hoy se cree segura de su corazón; pero ¿respondería usted de no cambiar nunca?

Cual si un rayo brotase de su alma, la cara de la joven se iluminó y sonrió de tal modo, que Eugenio sintió haber provocado tan viva expresión de sentimiento.

—¡Cómo! Si mañana fuese usted rica y feliz, si adquiriese una inmensa fortuna ¿seguiría amando al joven pobre que la hubiese querido durante sus días de angustia?

Victorina hizo un pequeño movimiento de cabeza.

—¿Aunque el joven fuese muy desgraciado?

Nuevo movimiento de cabeza.

—¿Qué tonterías están ustedes diciendo?—exclamó la señora Vauquer.

—Déjenos usted—respondió Eugenio,—nosotros nos entendemos.

—¡Cómo! ¿hay ya acaso promesa de matrimonio entre el caballero Eugenio de Rastignac y la señorita Victorina de Taillefer?—dijo Vautrín con su gruesa voz presentándose de pronto en la puerta del comedor.

—¡Ah! nos ha asustado usted—dijeron á la vez las señoras Couture y Vauquer.

—Peor podría escoger—respondió riéndose Eugenio, que sufrió la emoción más cruel de su vida al oír la voz de Vautrín.

—Basta de bromas pesadas, señores—dijo la señora Couture.—Hija mía, subamos á nuestra habitación.

La señora Vauquer siguió á las dos mujeres á fin de economizar luz y fuego pasando la velada en su cuarto, y de este modo Eugenio se encontró solo con Vautrín.

—Ya sabía yo que se avendría usted al fin—le dijo este hombre mirándole con imperturbable sangre fría.

—Pero, escuche usted. Yo tengo tanta delicadeza como pueda tener otro, y opino que no debe usted decidirse en este momento, porque no está usted en su estado ordinario. Tiene usted deudas, y yo no quiero que sea

la pasión ni la desesperación, sino la razón, lo que le determine á venir á mí. Tal vez necesite usted algún millar de escudos. Téngalos ¿los quiere?

Y esto diciendo, Vautrín sacó su cartera del bolsillo y acarició las miradas del estudiante enseñándole tres billetes de banco. Eugenio se hallaba en una terrible situación; debía cien luises perdidos bajo su palabra al marqués de Adjuda y al señor de Trailles; no tenía dinero, y no se atrevía á ir á pasar la velada á casa de la señora de Restaud, donde era esperado. Celebrábase en esta casa una de esas reuniones sin ceremonias, donde se comen pasteles y se bebe té, pero donde se pueden perder seis mil francos al *whist*.

—Caballero—le dijo Eugenio ocultando apenas un temblor convulso,—después de lo que usted me ha confiado, ya comprenderá que me es imposible deberle favores.

—Está bien; me hubiera causado pena oírle hablar de otro modo—repuso el tentador.—Es usted un joven guapo, delicado, altivo como un león y cariñoso como una niña. Sería usted una hermosa presa para el diablo. Me gusta esa clase de jóvenes. Dos ó tres reflexiones más de elevada política y verá usted el mundo tal cual es. Representando algunas escenas de virtud, el hombre superior satisface todos sus caprichos con gran aplauso de los necios que componen la turba. Antes de pocos días será usted de los nuestros. ¡Ah! si quisiera usted ser discípulo mío le haría llegar á todas partes, y no tendría usted un deseo que no quedase satisfecho al instante, fuese cual fuese: honor, mujeres, fortuna. Toda la civilización quedaría reducida por usted á ambrosía,

sería usted nuestro niño mimado, nuestro Benjamín, y exterminaríamos al mundo entero por causarle un placer. Todo lo que fuera un obstáculo sería derribado. ¿Tiene usted escrúpulo porque me toma por un bandido? Pues bien; tenga presente que un hombre tan probo como usted pueda serlo, el señor de Turenne, hacía negocios con los bandidos, sin creerse por eso comprometido. No quiere usted deberme favores ¿verdad? Pues bien, que no quede por eso—repuso Vautrín sonriéndose.—Tome usted los billetes y póngame aquí—añadió sacando una letra:—*Acceptada por la suma de tres mil quinientos francos, pagaderos en un año, y luego la fecha y la firma.* El interés es bastante crecido para quitarle todo escrúpulo, y puede usted llamarme judío y considerarse libre de todo agradecimiento. Hasta quiero permitirle que me desprecie hoy, seguro de que algún día me querrá. Encontrará usted en mí esos inmensos abismos, esos vastos conocimientos concentrados que los necios llaman vicios. En fin, no soy ni un peón ni un alfil, sino una torre, hijo mío.

—Pero ¿qué clase de hombre es usted? ¿Ha sido creado para atormentarme?—exclamó Eugenio.

—No; soy un buen hombre que quiere mancharse para que usted quede libre de mancha el resto de sus días. ¿Se pregunta usted el por qué de mi abnegación? Pues bien, ya se lo diré algún día al oído. En primer lugar, le he sorprendido á usted enseñándole el repique del orden social y el juego de la máquina; pero su primer espanto pasará como el de un soldado bisoño en el campo de batalla, y se acostumbrará á la idea de considerar á los hombres como soldados decididos á pere-

cer por aquellos á quienes ellos mismos consagran como reyes. Los tiempos han cambiado. Antes se le decía á un valiente: «Ahí tienes cien escudos, mata á fulano ó á zutano», y luego se cenaba tranquilamente, después de haber puesto á un hombre á la sombra por un sí ó por un no. Hoy le propongo darle una buena fortuna, nada más que haciendo una señal que no le compromete en nada, y duda usted.

Eugenio firmó la letra y la cambió por los billetes de banco.

—Vamos á ver, razonemos—repuso Vautrín.—Dentro de algunos meses yo me voy á América á cultivar allí el tabaco, y le enviaré cigarros de amigo. Si llego á ser rico, le ayudaré á usted, y si no tengo hijos (cosa probable, pues no siento deseo alguno de retoñar en este mundo), le legaré mi fortuna. ¿Es esto ser amigo de un hombre? Yo le quiero á usted, y, como he hecho ya otras veces, mi pasión es sacrificarme por otro. ¡Ay, hijo mío! aunque á usted no le parezca verdad, vivo en una esfera más elevada que la de los demás hombres, y considero las acciones como medios sin mirar nunca al fin. ¿Qué es un hombre para mí? Esto—dijo haciendo sonar la uña de su dedo pulgar contra los dientes.—Un hombre es todo ó nada. Es menos que nada cuando se llama Poiret, y entonces se le puede aplastar como á una pulga, porque hiede; pero un hombre es un dios cuando se parece á usted, porque ya no es una máquina cubierta de piel, sino un teatro donde nacen los sentimientos más hermosos, y yo sólo vivo para los sentimientos. ¿Un sentimiento no es el mundo en un pensamiento? Vea usted al padre Goriot: sus dos hijas son para él el uni-

verso, el hilo que le dirige en la creación. Ahora bien; para mí, que conozco mucho la vida, no existe más sentimiento real que la amistad de hombre á hombre. Pedro y Javier, he aquí mi pasión. Me sé de memoria la VENECIA SALVADA. ¿Ha visto usted muchas gentes que tengan bastante pelo en pecho para acudir sin decir palabra ni hablarle de moral cuando un compañero les dice: «vamos á matar á uno»? Pues bien, yo he hecho eso. No le hablaría así á todo el mundo. Pero usted es un hombre eminente, lo comprende todo y se le puede decir todo. Usted no pasará mucho tiempo sumergido en los pantanos en que viven los renacuajos que nos rodean aquí. Conque queda dicho: se casará usted.

Vautrín salió sin querer oír la respuesta negativa del estudiante. Parecía conocer el secreto de esas pequeñas resistencias con que los hombres se disculpan á sí mismos, sirviéndoles para justificarse sus acciones vituperables.

—Que haga lo que quiera; pero lo que es yo no me casaré con la señorita Taillefer—se dijo Eugenio.

Después de haber sufrido la molestia de la fiebre que le causó la idea de un pacto hecho con aquel hombre que le horrorizaba, pero que crecía á sus ojos por el cinismo propio de sus ideas y por la audacia con que se oponía á la sociedad, Rastignac se vistió, pidió un coche y se fué á casa de la señora de Restaud. Hacía algunos días que esta mujer demostraba gran afecto á Eugenio, cada uno de cuyos pasos eran un progreso en el corazón del gran mundo, y cuya influencia llevaba camino de ser algún día temible. Rastignac pagó á los señores de Trailles y de Adjuda, jugó al *whist* una gran parte de la noche y recobró lo que había perdido.

Supersticioso como la mayor parte de los hombres cuyo porvenir no está aún fijado y que son más ó menos fatalistas, quiso ver en su suerte una recompensa del cielo por su perseverancia en marchar por el buen camino. Al día siguiente por la mañana se apresuró á preguntarle á Vautrín si tenía su letra de cambio, y, ante su respuesta afirmativa, le devolvió los tres mil francos y recogió su letra dando muestras de un placer muy natural.

—Todo va bien—le dijo Vautrín.

—Sí, mas recuerde que yo no soy su cómplice—respondió Eugenio.

—Lo sé, lo sé—dijo Vautrín interrumpiéndole.—Usted hace aún niñerías y se detiene en la puerta á hacer bagatelas.

Dos días después, Poiret y la señorita Michonneau estaban sentados en un banco al sol en un paseo solitario del Jardín de Plantas y hablaban con el señor que con razón había parecido sospechoso al estudiante de medicina.

—Señorita—decía el señor Gondureau,—no veo de dónde nacen sus escrúpulos. Su Excelencia, monseñor el ministro de la policía general del reino...

—¡Ah! ¿Su Excelencia monseñor el ministro de la policía general del reino?—repitió Poiret.

—Sí, Su Excelencia se ocupa de este asunto—dijo Gondureau.

¿Á quién no parecerá inverosímil que Poiret, antiguo empleado y hombre sin duda de virtudes burguesas, aunque desprovisto de ideas, continuase escuchando al pretendido rentista de la calle de Buffón, en el momento

en que éste pronunciaba la palabra *policia*, dejando ver así la fisonomía de un agente de la calle de Jerusalén á través de su máscara de hombre honrado? Sin embargo, nada era más natural. Todo el mundo comprenderá mejor la especie particular de la gran familia de los necios á que pertenecía Poiret, después de una observación hecha ya por ciertos calculadores, pero que hasta ahora no ha sido publicada. Existe una nación plumífera agregada al presupuesto, entre el primer grado de latitud que implica los pagos de mil doscientos francos, y el tercer grado, donde comienzan las nóminas de tres á seis mil francos, y en el que se aclimata la gratificación, floreciendo á pesar de las dificultades de la agricultura. Uno de los rasgos característicos que mejor denota la enorme estrechez de esa gente subalterna, es una especie de respeto involuntario, maquinal é instintivo por esa gran llama de todo el ministerio conocida del empleado mediante una firma ilegible por el nombre de SU EXCELENCIA MONSEÑOR EL MINISTRO, cinco palabras que equivalen á *Il Bando Capi* del califa de Bagdad, y que á los ojos de ese pueblo deprimido representa un poder sagrado y sin apelación. Como el papa para los cristianos, monseñor es administrativamente infalible á los ojos del empleado, el brillo que despide se comunica á sus actos, á sus palabras y á las que se dicen en su nombre; lo cubre todo con su manto, y legaliza las acciones que ordena, y su nombre de Excelencia, que atestigua la pureza de sus intenciones y la santidad de sus deseos, sirve de pasaporte á las ideas más inadmisibles. Lo que esas pobres gentes no harían en interés propio, se apresuran á hacerlo tan pronto como oyen

la palabra Excelencia. Las oficinas tienen su obediencia pasiva como el ejército tiene la suya: sistema que ahoga la conciencia, aniquila á un hombre y acaba con el tiempo por adaptarle á la máquina gubernamental cual si fuese un tornillo ó una tuerca. Así pues, el señor Gondureau, que parecía penetrar á los hombres, vió en seguida en Poiret á uno de esos necios burócratas é hizo salir el *Deux ex machina* tan pronto como era necesario deslumbrar á Poiret, el cual le pareció el macho de la Michonneau, como la Michonneau le parecía la hembra de Poiret.

—Toda vez que Su Excelencia misma monseñor el...
¡Ah! eso es diferente—dijo Poiret.

—Ya oye usted al señor, cuya opinión parece que le inspira confianza—dijo el falso rentista dirigiéndose á la señorita Michonneau.—Pues bien, Su Excelencia tiene ahora la seguridad más completa de que el tal Vautrín, hospedado en la casa Vauquer, es un forzado escapado del presidio de Tolón, donde es conocido con el nombre de *Burla-la-Muerte*.

—¡Ah! ¿Burla-la-Muerte?—dijo Poiret.—Muy afortunado debe ser para haber merecido ese nombre.

—Sí, ya lo creo—repuso el agente.—Ese apodo lo debe á la suerte que ha tenido en no perder la vida en las audaces empresas que ha llevado á cabo. Mire usted, es hombre peligroso y tiene cualidades que le hacen extraordinario, y su condena ha sido una cosa que le ha honrado mucho á los ojos de los suyos.

—¿Es, pues, un hombre de honor?—le preguntó

su modo. Consintió en salir responsable de un

crimen de otro, una falsificación cometida por un hermoso joven á quien quería mucho, un joven italiano bastante jugador que entró luego en el servicio militar, donde se portó perfectamente.

—Pero si Su Excelencia monseñor el ministro de la policía está seguro de que el señor Vautrín es Burla-la-Muerte ¿para qué me necesita á mí?

—¡Ah! sí—dijo Poiret,—si el ministro, como usted ha tenido el honor de decirnos, tiene alguna seguridad...

—Seguridad no, lo sospecha únicamente. Van ustedes á comprender la cuestión. Jacobo Collín, apodado Burla-la-Muerte, goza de toda la confianza de tres presidios, que le han escogido para ser su agente y su banquero, y gana mucho dinero ocupándose de esta clase de negocios, para los cuales se necesita un hombre señalado.

—¡Ah! ¡ah! ¿comprende usted el equívoco, señorita?—dijo Poiret.—El señor le llama un hombre señalado porque debè tener alguna señal.

—El falso Vautrín—dijo el agente continuando—recibe el dinero de los presidiarios, lo coloca, lo conserva y lo tiene á disposición de los que se escapan, de sus familias ó de sus queridas, según lo dispongan en su testamento.

—¡De sus queridas! ¿querrá usted decir de sus mujeres?—advirtió Poiret.

—No, señor; generalmente, el forzado sólo tiene mujeres ilegítimas, á las que nosotros llamamos concubinas.

—¿De modo que viven en estado de concubinato?

—Claro.

—Pues bien, esos horrores no debía tolerarlos mon-